

Una aproximación confusa al rock nacional

**Rock colombiano:
100 discos, 50 años**

PABLITO WILSON

Ediciones B, Bogotá, 2013, 246 pp.

LA ARQUEOLOGÍA del rock en Colombia tiene grandes vacíos por cuenta de la carencia de material dedicado al estudio y comprensión de este fenómeno en nuestro país. Documentos y publicaciones como *Bogotá: epicentro del rock colombiano entre 1957 y 1975* (Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, 2007), de Umberto Pérez, e *Historia del rock colombiano: memoria de un fenómeno cultural*, tesis de grado del investigador Félix Riaño, además de algunos artículos de José Gandour, Andrés Ospina, José Plata y Eduardo Arias, son los principales referentes para todo investigador que decida meterse a entender qué pasó con el rock en Colombia, documentos que en algunos casos no son de fácil acceso.

Por eso es importante destacar la meritoria labor emprendida por el periodista colombo-argentino Pablito Wilson, pues tratar de comprender cómo se desarrolló el rock en Colombia y cuáles fueron los principales momentos en su gesta es una tarea que requiere de un trabajo de campo dispendioso y riguroso. La acertada recopilación de datos, que surgió de entrevistas a personas involucradas en este proceso desde diversos sectores como la industria del disco, el comercio, los medios y los espacios de promoción y difusión, le permitió al autor ofrecer información privilegiada, donde la anécdota es la principal protagonista.

El libro presenta una idea innovadora, inédita en nuestro país, desarrollada bajo el respetable estigma de la subjetividad, pues la elección de los cien álbumes que se reseñaron está ligada a los gustos del autor. La historia de nuestro rock ha estado marcada por la intermitencia, la falta de apoyo institucional y de difusión en medios, así como en lo referente a la recopilación y conservación de la información, lo que significa que reunir todo el mate-

rial discográfico editado desde 1962 a nuestros días puede ser una tarea titánica, más no imposible, pues otros investigadores como Hernando Cepeda Sánchez y Umberto Pérez la han realizado con éxito.

En el prólogo, el escritor Andrés Ospina, reconocido por su documentado conocimiento del rock en Colombia, afirma que el libro le devuelve al país, mediante reseñas, “parte de aquella memoria desperdigada entre amnesias selectivas e involuntarias”. Y en cierta medida, el trabajo de Pablito Wilson cumple con lo expuesto por Ospina. Para lograrlo, el autor ha dividido el grupo de reseñas en tres capítulos: “El rock convencional”, “Otras formas de construir rock”, y el polémico “Los innombrables”. Comenta Wilson en la introducción del libro:

Lo que busco es brindar una guía para dar a conocer esta escena que aprendí a apreciar a través de todos mis años de melomanía y no pararme en el lugar del gurú que tiene la fórmula externa mágica para aliviar todos sus problemas.

Sabia aclaración, pues su obra tiene algunos vacíos en documentación e información que hubiesen nutrido acertadamente esta necesaria búsqueda arqueológica por comprender nuestro pasado ligado al rock.

A los años sesenta y setenta se les da un vistazo muy rápido (demasiado, creo), que pudo ser más detallado y riguroso en la medida en que la génesis de nuestro rock tuvo momentos e incidencias socioculturales que vale la pena recordar. Pero, también, dado que la intención del libro es otra, es comprensible, más no del todo aceptable, que ni The Time Machine, Los Daro Boys, Siglo Cero, Los Young Beats, Los Beatniks ni Crash tuvieran cabida en su rápida mirada a nuestro rock, pues para entender la evolución y su presente es necesario revisar y escudriñar los aportes de los pioneros, idealistas que lucharon por un arte que fue estigmatizado y banalizado por las pugnas regionalistas y esa tradición conservadora que retrasó nuestro ingreso a la modernidad.

La primera reseña del libro está dedicada al álbum *En el maravilloso mundo de Ingerson*, de Los Speakers (1968). Divertida y llena de anécdotas

en torno al producto y cómo se gestó, está hilada con otros trabajos de la época a través de los cuales Wilson revisa una serie de artistas que hicieron grandes aportes al apropiarse, adaptar y posicionar el género en nuestro país, como pasó con la Banda Nueva, Columna de Fuego y Génesis, grupo con el que cierra la fugaz mirada a la década de los setenta, para dar un salto abrupto a 1987.

Los años del rock en “tu idioma” los revisa a través de las propuestas de Kraken, Compañía Ilimitada y la banda sonora de la película *Rodrigo D. No futuro*, donde queda claro el importante aporte de Medellín a la escena del punk y el metal local. A partir de los años noventa, Wilson centra su mirada en los productos que irrumpieron en una época marcada por la independencia de las disqueras, y cuando, por necesidad, imperó la autogestión. Bandas como Pasaporte, Estados Alterados, Kronos, Catedral, Juanita Dientes Verdes, Distrito Especial, Neurosis, La Pestilencia, Ultrágeno y Aterciopelados lideran una era que podría describirse como la edad de oro de nuestro rock, porque el nuevo milenio depararía un panorama poco alentador.

Cabe comentar que la curaduría del libro, en mi opinión, muestra un contundente desacierto al incluir el capítulo de lo que el autor denomina “Los innombrables”. Bajo la premisa de que rock no solo es la música que se crea con bajo, guitarra y batería, en tempo 4/4, que es una actitud de vida más que un sonido, y que todo sincretismo sonoro cabe (menos mal no incluyó a Diomedes Díaz y Rafael Orozco), artistas como Juanes, Shakira, Cabas, Andrés Cepeda y Carlos Vives son reseñados, destacando sus aportes al *mainstream* y a las chequeras de las disqueras, las mismas que privilegiaron al neoliberalismo por encima del arte. Artistas que encontraron en la mezcla de sonidos tropicales con el pop y la balada pop el secreto del éxito. Apelando a la diplomacia, Wilson legitima como “innombrables” (¿para que los nombra?) a una serie de proyectos que, para algunos críticos y puristas del rock (entre los que me incluyo), corresponden a una era oscura en cuanto a propuesta artística, más allá del buen impacto comercial.

¿Por qué no se les dio una amplia mirada a las bandas distritales que, año a año, Rock al Parque intenta posicionar y de las cuales poco o nada se sabe después del evento? El libro de Pablito Wilson es una buena idea, con aciertos y desaciertos, que entrará a ocupar un pequeño espacio en ese gran vacío de la historia del rock en Colombia y que, sin duda, abrirá el camino para que otras propuestas, tal vez más atractivas y arriesgadas, salgan a la luz. El modelo argentino de estudio del rock nacional y el aporte de plumas finas como las de Sergio Pujol, Claudio Kleiman y Miguel Grinberg podrían servir como inspiración.

Jacobo Celnik